

socorro, porque ya la tierra estaba pacificada y sosegada y justiciados Pizarro y Carvajal con los demás rebeldes de su alianza.

Antes de partir esta gente de esta ciudad, en un alarde que hicieron para demostración de la gente y bizarría de los soldados que iban a este socorro, sucedió que el general don Francisco de Mendoza y Hernando de Salazar, factor del rey, para animar a los de su campo, confrontaron los caballos y enristraron el uno contra el otro tan furiosamente que rompieron sus lanzas y se encontraron los dos caballos en las frentes y pechos, que de el golpe cayeron y quedaron muertos, sin matarse los caballeros, aunque quedaron atormentados y lastimados con la grande fuerza de los caballos y encuentro que se dieron.

Prosiguió en grandes aumentos esta tierra, en tiempo de este loable virrey y ennobleciéndose más cada día. Fueron en crecimiento los ganados menores de ovejas. Procuró este buen principio el asiento y perpetuidad de esta tierra y envió por ganados merinos a España para afinar las ovejas que habían traído antes, que fueron de lanas bastas y burdas. En su tiempo se comenzaron los obrajes de paños y sayales y el trato de las lanas fue en muy grande crecimiento porque los indios comenzaron a vestirse de mantas de lana y otras cosas que labraban de ella. Crecieron las labores de pan; y multiplicáronse las estancias de ganados y se repartieron muchas tierras. Descubriéronse, en su tiempo, muchas minas de oro y plata y cobre; las minas de Tlachco, que han sido de las más famosas, Zultepec y Tzompanco y Temazcaltepec.

CAPÍTULO XII. De una muy solemne montería y caza que el virrey don Antonio de Mendoza, en un solo día, hizo; y una leona que los indios de Tetzcuco mataron en esta laguna mexicana: casos muy de notar



ANDANDO VISITANDO LA TIERRA el virrey don Antonio de Mendoza trató con la gente de Xilotepec (que son los que llaman otomíes, en cuya provincia estaba) de hacer una montería y caza, al modo que los indios antiguamente la hacían; para lo cual debió de tener dos motivos: uno, quererse certificar si era verdad que en ellas cogiesen tanta caza como se decía; y el otro, siéndolo holgarse de ver tanto animal junto. Señalóse el día, y para que se gozase de ella, ordenaron que el lugar donde se había de esperar fuesen unos muy cumplidos y extendidos campos que están entre Xilotepec y el pueblo San Juan del Río (que hasta hoy conserva el nombre del Cazadero). Tomóse esto de propósito e hicieron en este sitio una casa muy cumplida para el virrey y cerca de ella aposentos para sus criados y gente de servicio que traía (que de éstos y de otros, que consigo llevaba, eran muchos los que concurren).

Llegado el día de la caza salieron los indios muy de mañana y cercaron más de cinco leguas de monte, porque eran los indios más de quince mil

y batiendo las manos y los arcos, fuéronse recogiendo y apiñando más y antes de medio día llegaron los cazadores a juntarse hombre con hombre y en medio traían tanto número de venados, conejos, liebres y coyotes, que parece increíble; y como el virrey vio el exceso grande, mandó abrir la gente por dos o tres partes, por donde salieron grandes manadas de estos animales; pero volvieron a cerrar el muro que tenían hecho, juntándose unos con otros y dejaron de cerco poco más de media legua en cuadro; ya entonces los indios estaban doblados y puestos de tres en tres, unos tras otros; porque en aquel circuito y cerco, que habían dejado, no cabían todos.

Comenzó la montería poco antes de mediodía, sirviendo de corral y cerca (para que ni aun los pájaros no se fuesen) los indios cazadores, que la habían traído y andaban dentro algunos jinetes alanceando; otros, con arcabuces y ballestas, tirando y matando los que querían. Había también muchos indios flecheros, muy diestros y andaban a las vueltas también muchos perros y todos tenían qué hacer; y los que estaban dentro y los que estaban fuera del cerco no se daban mano a coger caza viva y muerta, andando a las vueltas los cocineros con sus asadores, porque se les venía la caza a la cocina.

Era la caza muy de ver y los que la hacían descansaban a ratos y luego volvían a montar; gastaron el día en este gustoso ejercicio; y a puesta de el sol se halló que habían muerto seiscientos venados chicos y grandes, entre los cuales había muchos de los muy grandes ciervos de España y de los que se llaman berrendos, que dejan de correr y vuelan, que no los hay en Castilla; y estos venados que se cuentan, fueron los que vinieron a montón y que se repartieron por los que los habían muerto y cazado, sin otros muchos que no fueron de esta cuenta; mataron más de cien coyotes (que son lobos pequeños), zorrillos, liebres y conejos muy gran multitud.

Pero como llegó por una parte el cansancio de todo el día y por otra la noche, que los despartió, fuéronse cada cual a su rancho y albergue. Cuando venían los indios espantando y recogiendo la caza, era tanta la multitud de ellos y tanta la vocería que llevaban y tan viva, que muchas aves, que se habían hallado en aquel circuito que llevaban cercado, espantadas y puestas en vuelo, por mucho que volaban y por más alto que se subían volvían al suelo cansadas y de éstas tomaron muchísimas. Esta montería; cuando los indios la hacen por su voluntad o mandados para alguna ocasión, es de esta manera.

Cerca de la caza, adonde los venados acuden, levantan grande vocería y con los pies mueven la tierra y hacen la mayor polvareda que pueden; luego los venados van huyendo a la otra parte contraria y llegados a la vista de los otros indios, que están enfrente, hacen lo mismo y los venados vuelven a otra parte donde hallan el mismo ademán; y de esta manera los van recogiendo hasta meterlos en cerco. De esta suerte los cansaban y los apretaban y estrechaban en una chica plaza y siempre los iban flechando, y como se veían cansados y afligidos, determinábanse los grandes de romper para librarse; entonces los indios hacían calle y acudían todos cuantos indios podían; entonces como los venados puestos en huida iban unos

tras otros haciendo hilo, allí los desjarretaban y mataban con unas coas de encina (que llaman huictli), que son con que limpian y escardan las sementeras de el maíz.

Era esta caza muy de ver en aquellos tiempos y engolosinado de ella el virrey don Antonio de Mendoza la aplazó para el año siguiente de 1542, habiéndose hecho este año de 1540 y no sé el fin que tuvo, porque el padre fray Toribio Motolinía, que lo escribe, no hace mención más que de ésta.

Otra no menos y muy extraña montería hicieron los indios de Tetzcuco, domingo quince de el mes de junio de este año dicho, de una leona que cogieron en las aguas de esta laguna, que sucedió de esta manera. Este día dicho, muy de mañana, iban de esta ciudad de Mexico unos indios a la suya de Tetzcuco y casi en medio de la laguna vieron un bulto grande sobre el agua, que cuando se paraba parecía un pato (de muchos y muy diversos que andan en estas aguas), pero cuando se movía, hacía ruido y turbaba el agua. Los indios arribaron sobre ella y diéronse priesa por ver qué cosa fuese aquella que les hacía novedad, y aunque ella (con la gente que vido) declinó a otra parte, bogaron con más priesa por alcanzarla, deseando que no se les fuese (porque por no haber visto cosa semejante, deseaban darla alcance, y conocerla). Cuando llegaron cerca, reconocieron ser león; y maravillados de ello, allegáronse muy cerca con su canoa y queriéndola fatigar con los remos, se mostró la leona tan feroz y brava contra ellos, que temerosos de algún mal suceso tuvieron por bien de desviarse de ella, porque con el mal que habían comenzado a hacerla, comenzó ella a bramar fuertemente, de que los indios temieron; que es cosa muy cierta, como lo dice el profeta Amos: el león bramará; y ¿quién no se espantará de su ferocidad y bramido?¹

Dejáronla los indios engolfada y fuéronse con la más priesa que pudieron a tierra y dieron aviso de ello a otros de un pueblo que está en la ribera; de los cuales se juntaron algunos y metidos en cuatro canoas o barquillas llevaron sus varas de punta (a manera de fisga que las tiran con tiradero a manera de dardos) y llegando donde estaba la leona, cercáronla y diéronla tanta priesa que después de flechada y cansada con las heridas y palos que le habían dado, desflaqueció; y llegados más cerca de ella la acabaron de matar con golpes que la dieron con los remos y otras varas largas que llevaban, que llaman matlaquauitl, con que botan las canoas cuando no está el agua honda.

Muerta la leona metiéronla en una canoa y la llevaron a tierra y de allí al convento de la ciudad, que estaba más de media legua, con mucho acompañamiento, por ser cosa que nunca habían visto y que tanta admiración había hecho, así a los que la mataron como a los que sabían su muerte. Dice el padre fray Toribio (que es el que cuenta este caso y era guardián a la sazón en aquel convento) que la vio recién muerta y corriendo sangre, que no le hizo menos admiración que a los demás saber la parte donde la habían visto y muerto. Desolláronla y hinchieron el pellejo de paja

¹ Am. 3.

y trajéronselo al virrey don Antonio de Mendoza, por haber sido león monteado en el agua; hallaron en el vientre plumas de patos y tullí (que es de la enea de Castilla y se hace mucha en las aguas bajas y cenagales de esta laguna). Cierta parecen cosas éstas contra toda razón, que el león venga a engolfarse y cebarse de aves de agua, como el halcón y que pazca y coma yerba, como buey; bien se cumple aquí a la letra aquello que dijo Isaías. El león comerá pajas como el buey; ¿y quién creará ser hecha montería de león sobre el agua? Porque según afirmaron los indios, andaba legua y media dentro de la laguna, aunque ahora fuera esto muy fácil a un león, por haberse sacado mucha parte de ella, lo cual entonces era prodigio por estar llena de muchas aguas.

Cuando el marqués de el Valle se fue a España dejó hecha repartición de pueblos en gente benemérita y muchos en los mejores que ahora son de esta Nueva España; entre los cuales fueron la ciudad de Cholulla, la de Huexotzinco y otras. Cuando vino don Antonio de Mendoza y vido la calidad de los pueblos, pareciéndole que estarían bien en cabeza de el rey y en la corona real, escribió a su majestad dándole aviso de ello; y así vino orden, como enterando a los poseedores en otras partes, en el mismo número de vasallos, quedasen estas dichas ciudades incorporadas en la corona real. En este tiempo tributaban los indios, en especie de las cosas que tenían de cosecha, como eran mantas de algodón, maíz, gallinas y otras cosas semejantes; y los más apartados de esta corte, oro que cogían en los ríos; y por esta razón, los que estaban encomendados de estos dichos pueblos, envidiaban a los que tenían sus encomiendas en las sierras y lugares marítimos; y como vino el mandato real y habiéndoles convidado a los poseedores con lugares serranos y que participaban de ríos de oro, hubieron menester poco para hacer el trueque; y así dejó Andrés de Tapia a Cholulla y diósele en trueque el pueblo de Atotonilco; a Antonio de Ordás, a Huexotzinco; diósele a Calpa, Chilapa, &c., que entonces eran grandes pueblos y el rey se tomó estas ciudades y otras a este tono. Y aquí se verifica bien lo que comúnmente se dice, que el codicioso y el tramposo fácilmente se conciertan; porque engolosinados estos dichos conquistadores de el interés de el oro y no estimando el maíz y gallinas, dejaron las ciudades (que ahora lo son los mayores de esta Nueva España) y se pasaron a los de la sierra, que poco después de hecho el trueque comenzaron a descaecer y a faltar en el gentío o ya por la priesa que sus amos daban a la gente en el buscar y lavar el oro o ya por otros juicios de Dios, que a nosotros nos son ocultos y son al presente pueblos que apenas se conocen, ni se puede creer que en otro tiempo fueron cuantiosos y de gentío; quisieron llamarse después a engaño los herederos, aunque nada les ha valido su demanda y pretensiones.

